

Fracasa el Neoliberalismo Allá; Gana Aquí

Lección de las Elecciones

- ★ A Bush le Hizo Falta un Pronasol Para Triunfar
- ★ Dosis de Populismo Para Evitar Sublevaciones
- ★ EU lo Supo: la Magia del Mercado es Espejismo

LORENZO MEYER

Las elecciones no son el fuerte de nuestros neoliberales, especialmente desde 1988. Aquí los resultados oficiales del proceso electoral son, generalmente, los “correctos”, pero no logran tener credibilidad. Ahora bien, cuando tienen lugar en Estados Unidos, —nuestro “gran socio comercial” y principal apoyo externo del salinismo— el problema es el opuesto: allá los resultados son enteramente creíbles pero “neoliberalmente incorrectos”.

El hecho de que aquí los resultados de las votaciones sigan siendo los “correctos” pero ya no en Estados Unidos es básicamente cuestión de técnica. Y el resto del artículo se desarrollará en este punto.

Mientras se elaboran análisis más profundos, los datos ya disponibles sobre el proceso electoral en el país vecino, permiten aventurar una hipótesis

sencilla pero importante: después de una docena de años, los resultados del neoliberalismo no llegaron a convencer a una buena parte de aquellos que han tenido que pagar el costo de esa política económica. Y fueron ellos, los afectados, los que decidieron y pudieron impedir la continuación de esa política negando a George Bush la reelección.

Tras experimentar bajo la dirección de Ronald Reagan y su sucesor la política neoliberal más pura que se pueda encontrar en el mundo real —después de todo, los norteamericanos y británicos fueron los pioneros en la aplicación de la receta neoliberal—, una parte sustantiva de la sociedad estadounidense encontró que la "magia del mercado" había resultado ser más un espejismo que una realidad. El neoliberalismo real cargó sobre los hombros de los muchos el grueso de los costos y concentró los beneficios en los bolsillos de los pocos. Según la teoría del **thatcherismo** o del **reaganomics**, esos beneficios concentrados en el tope de la pirámide social, con el correr del tiempo, se "filtrarían" hacia abajo, hacia las bases, pero tras esperar doce años, los afectados concluyeron que ese no era el caso. Por un tiempo, la injusticia en la distribución de los beneficios del "neoliberalismo real" logró ser ocultada por la nube color de rosa fabricada por el discurso político de la Casa Blanca y por el marcial sonido de los clarines de la victoria sobre el comunismo. Sin embargo, al cabo del tiempo los clarines callaron, el viento de la depresión económica sopló con fuerza y disipó la nube. Fue entonces cuando el grueso de los norteamericanos debieron enfrentar la dura realidad, y se decidieron entonces por la alternativa: William Clinton y Ross Perot recibieron 62% del voto, y el mandato para que Bush continuara ahondando el cauce neoliberal, apenas logró despertar la imaginación de 38% del electorado.

Veamos con más detalle la naturaleza del voto que

abrió con doce años de neoliberalismo allende el río Bravo. De acuerdo con los datos publicados (al norte de nuestras fronteras, datos globales, desmenuzados y enteramente confiables, aparecen a las 24 horas; en contraste, en México...), el gobernador Clinton recibió el grueso del voto de los que menos tienen, de aquellos para quienes las **reaganomics** son, básicamente, una manera de posponer indefinidamente la respuesta a sus demandas. Para empezar, están las mujeres, esa mitad de la población históricamente subordinada a la otra mitad que ahora demanda igualdad en las condiciones respecto de los hombres. Mientras 41% del voto masculino se inclinó por Clinton, el voto femenino lo hizo en 46%; las mujeres negras —las discriminadas dentro de las discriminadas— fueron aún más parciales en favor del candidato con el programa menos neoliberal: el demócrata, pues éste recibió 86% de sus votos; en contraste, únicamente 37% del electorado femenino se inclinó por Bush y apenas 17% por Perot. El color es un fuerte indicador de posición social en Estados Unidos; únicamente 39% de los votantes blancos favorecieron al gobernador de Arkansas, pero en su favor se pronunciaron 82% de los negros y 62% de los hispanos. La religión es otra variable que revela las características de la pirámide social norteamericana: 46% de los blancos protestantes se pronunciaron en favor de Bush y 33% por Clinton, pero los católicos, en conjunto, menos prósperos que los protestantes, votaron al revés: 44% por Clinton y 36% por Bush; la minoría judía fue aún más contundente, y 78% dio su voto a Clinton. Por lo que hace a la edad, el joven gobernador de Arkansas recibió el apoyo de los extremos del espectro y que comparten su calidad de relativamente desfavorecidos: votaron por Clinton 44% de los jóvenes (18 a 29 años) y 50% de todos los norteamericanos mayores de 60 años, es decir, los que apenas están iniciando el camino y los que ya casi lo concluyeron. Lo mismo

puede decirse si la elección es examinada desde el punto de vista de la educación, pues en un extremo está la minoría que en el mejor de los casos apenas pudo cursar la primaria —55% apoyó a Clinton y únicamente 28% a Bush— y en el otro extremo están los que tienen posgrado, es decir, los de mejor educación e información: de estos últimos, 49% dio su apoyo a Clinton y sólo 36% a Bush.

El nivel de ingreso, es quizá, el indicador más útil para localizar la posición relativa de cada ciudadano en la dura lucha por obtener los bienes escasos que ofrece la economía. Como era de suponerse, los pobres —aquellos con ingresos anuales menores de 15 mil dólares y que representan 14% del electorado— dieron 59% de sus votos a Clinton; sólo 23% prefirió a Bush y únicamente 18% al multimillonario Perot. En contraste, los norteamericanos a los que más han beneficiado las reglas del juego neoliberal, es decir, a aquellos con ingresos superiores a 75 mil dólares al año —y que conforman 13% del electorado, es decir, que en número son casi tantos como los pobres— tuvieron la preferencia opuesta: 48% votó por Bush, 36% por Clinton y 16% por Perot.

Finalmente está el elemento subjetivo: 34% de los americanos que votaron la semana pasada —que fueron 55% de los empadronados— consideraban que su situación personal era peor ahora que en el pasado; 61% de ellos apoyó a Clinton y únicamente 14% se animó a continuar con Bush como líder nacional. En contraste, 62% de los electores que se consideran ahora en mejor situación que antes —y que representan la cuarta parte del total de votantes— apoyó la permanencia de Bush en la presidencia y únicamente 24% dio su voto a Clinton.

Como bien se desprende de las cifras anteriores, los votantes norteamericanos actuaron de manera muy racional. Los que objetiva o subjetivamente se situaron entre los privilegiados —hombres, blancos, maduros, protestantes, de altos ingresos y con expect-

tativas de mejorar su posición— dieron mayoritariamente su apoyo a la continuación de la política neoliberal republicana. Al candidato demócrata, el candidato del cambio, le apoyaron más los que menos han recibido de los **reaganomics**: las mujeres, las minorías raciales, los miembros de las iglesias no identificadas con las élites, los jóvenes y los jubilados, los pobres, los desempleados y los más educados e informados. En resumen, nos dicen los observadores, tras Clinton y los demócratas está tomando forma una coalición que se asemeja mucho a la que hace sesenta años forjaron Franklin D. Roosevelt y los políticos del New Deal tras el desastre de la Gran Depresión. Y recuérdese que Roosevelt y los suyos propusieron a la sociedad norteamericana rechazar la proposición de que el mejor camino hacia el desarrollo y la justicia sustantiva era aquel que dejaba en manos del mercado la responsabilidad básica de distribuir las cargas y los beneficios del proceso productivo.

Ahora bien, en contraste con lo ocurrido en Estados Unidos, en México los resultados no oficiales de la ronda electoral más reciente —la que tuvo lugar en Puebla, Tamaulipas, Oaxaca y Sinaloa— le otorgan la tradicional victoria de "carro completo" al PRI, al partido de Carlos Salinas, es decir, a un grupo cuya política coincide con la que favorecieron los ahora derrotados republicanos estadounidenses. ¿Cómo explicar tales resultados si los indicadores nos dicen que el grueso de los electores mexicanos la han pasado aún peor que los electores estadounidenses que se acaban de sublevarse contra el neoliberalismo real?

El indicador principal es el índice de crecimiento del Producto Interno Bruto (PIB). De 1982 a 1989 su crecimiento fue casi nulo: 0.6%, y de 1989 a 1991 —la etapa salinista— el promedio anual es de 4%. Pero si aceptamos que el crecimiento anual de la población fue en esos mismos años de, por lo menos, 2% anual, entonces resulta que

en términos per cápita, el producto disminuyó en el sexenio delamadridista y su crecimiento real en la primera mitad del sexenio actual, fue de apenas 2%, insuficiente para recuperar lo perdido. Este año de "desaceleración" los optimistas pronostican un crecimiento del PIB menor al del pasado inmediato, de sólo 2.7%, es decir, que el crecimiento real será de apenas un modesto 0.7%. Los pronósticos para el año entrante son, básicamente, más de lo mismo, es decir, la continuación de un bajo ritmo de crecimiento. De acuerdo con el estudio sobre México de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE), una cuarta parte de la fuerza de trabajo mexicana —once millones— está desempleada o subempleada en el sector informal; y si sólo se toma a los trabajadores mayores de 45 años, entonces resulta que es 50% el que vive en condiciones de desempleo o subempleo. De acuerdo con la misma fuente, 28.4% de los hogares mexicanos disponen de ingresos equivalente a menos de dos salarios mínimos, es decir, viven por debajo de la "línea de la pobreza". Como bien señala Enrique Quintana, el verdadero "milagro mexicano" de estos días neoliberales es que estos compatriotas sigan vivos y se reproduzcan.

La "justicia social" mexicana es francamente deplorable. Según la OCDE, y basándose en encuestas del INEGI de 1989, la mitad más pobre de los hogares mexicanos recibe apenas 18.7% del ingreso total disponible en tanto que 20% de las familias más afortunadas —los verdaderos hijos del neoliberalismo— se quedan con 53.5% del total.

En estas condiciones ¿cómo explicar el apoyo del electorado al partido y candidatos del neoliberalismo? No hay una respuesta única. Los factores de la victoria del prisma salinista son varios y se apoyan mutuamente. Para empezar, está la tradición; la persistencia de una cultura cívica autoritaria centenaria, la inocencia del mexicano en materia de demo-

cracia real; la mentalidad de súbdito domina aún sobre la de ciudadano. En segundo lugar, está el hecho de que el PRI es, básicamente, un partido de Estado (los recursos gubernamentales son del PRI y viceversa). También cuentan, y mucho, las debilidades materiales y humanas de los partidos de oposición. En cuarto lugar está la persistencia del fraude electoral en sus múltiples formas (padrón, votación, cómputo). Y, finalmente, está el arma no muy secreta del salinismo, el Pronasol.

En Pronasol está la genialidad del neoliberalismo autoritario mexicano para perpetuarse. Esta es una de las diferencias centrales entre las políticas de Reagan-Bush por un lado y la de Salinas por el otro. Pronasol, según cifras de la OCDE representó el año pasado apenas un modesto 0.6% del PIB, pero en términos políticos es un dinero al que se la ha sacado una utilidad sorprendente. En la afortunada definición que da título a un breve pero sustantivo estudio de Denise Dresser, el Pronasol es: "la solución neopopulista a los problemas neoliberales" (**Neopopulist Solutions to Neoliberal Problems**, San Diego, Center for U.S.—Mexican Studies, University of California, 1991).

Pese a toda su experiencia, a Bush le hizo falta su Pronasol para poder reelegirse. El texano por adopción creyó sinceramente en su propio discurso y supuso que la "magia del mercado" realmente le iba a resolver los problemas sociales. En contraste, los neoliberales mexicanos resultaron más astutos, ellos no confían tanto en sus propias teorías y por ello partieron de un presupuesto distinto: el mecanismo del mercado es muy injusto en términos sociales, y para evitar que se llegue a situaciones críticas, se debe ayudar al mercado con una dosis de populismo —pequeña, para que no salga muy cara— a fin de evitar que los perjudicados por el mercado se subleven.

En palabras de Denise Dresser, un juicio preliminar indica que "las me-

didias económicas tomadas por medio de los programas (de Pronasol) rara vez constituyen una transferencia de recursos que represente una fuente de ingreso de largo plazo para los beneficiarios". Lo que generalmente hace Pronasol es dar "una compensación selectiva a una parte de la población que no puede ser incorporada a la economía formal. Sin duda, Pronasol atenúa los efectos negativos de la depresión económica pero no toca las causas estructurales de la pobreza".

Pero si es poca o nula la efectividad de Pronasol como remedio estructural a la situación de pobreza que vive 28.4% de los hogares mexicanos, en términos políticos el programa, en cambio, ha resultado muy efectivo. A cambio de recursos relativamente limitados pero dirigidos selectivamente, inteligentemente, que resuelven algunas de las necesidades inmediatas de aquellos grupos que están en el fondo de la pirámide social, Pronasol ha reorientado el contenido de una buena parte de las demandas populares, las ha canalizado hacia los arreglos institucionales deseados por el Estado, es decir, las ha controlado y en el proceso le ha creado un nuevo tipo de clientelismo para el PRI, y que en parte explica los resultados electorales favorables.

Vale la pena citar la conclusión del trabajo de Denise Dresser: "Las nuevas ligas entre el Estado y la sociedad que Pronasol está forjando no necesariamente van a llevar a una democracia electoral; si algo demuestra el éxito de Pronasol, es que aquellos que gobiernan mediante la manipulación han desarrollado una mayor habilidad para seguir haciéndolo". El reciente "éxito" electoral de Manuel Cavazos Lerma, operador del Pronasol en Tamaulipas, confirma lo justo de esta conclusión.